

Y la jóven, viendo que ya era hora de partir, estrechó contra su corazon el retrato; fijó sus hermosos ojos en él por la última vez. . . . lo bañó con su llanto, lo volvió á colocar dentro de la cajita, y despues de poner ésta en el fondo del estante, cubriéndola con los libros, salió de la estancia y se dirijió adonde le estaban ya esperando D. Felipe y Félix, para marchar al concierto.

CAPITULO VI.

El Concierto.

Era un espacioso y magnífico salon, perfectamente iluminado, en una de las casas mas notables por su arquitectura y bellas proporciones que se ostentan en la régia calle del Empedradillo.

Una numerosa y selecta concurrencia de ambos sexos, ocupaba la mayor parte de los ricos asientos que estaban perfectamente distribuidos en aquel recinto.

Un excelente piano de cola inglés, de siete octavas de extension, de pulsacion suave, y de un teclado sumamente igual, se veia abierto en medio de la pieza.

A proporcionada distancia de este rey de los instrumentos, se alzaba un pequeño atril cuadrado, sustentando un papel de música en cada uno de sus lados: cuatro lujosas sillas con blandos asientos rodeaban este atril, y en cada una de ellas habia un instrumento, que eran un violoncelo, un violin, una viola y una flauta.

Todo anunciaba que iba á celebrarse un concierto particular.

Las señoras estaban vestidas con un lujo y gusto encantadores.

Envueltas en finos, claros y vaporosos ropajes; con lindas guirnaldas graciosamente colocadas sobre el abundante y ondulado pelo que velaba sus poéticas cabezas; brillando sus grandes y negros ojos bajo sus cejas arqueadas y sus tersas y espaciosas frentes; agitando con sus redondas y torneadas manos el brillante abanico que les proporcionaba un ambiente ledó y regalado; con sus diminutos y graciosos piés, perfectamente calzados por un zapato blanco de raso, parecian otras tantas seductoras ninfas que nos describen los poetas, ó

las bellísimas hurís que habitan el maravilloso eden de Mahoma.

En el espacioso corredor, cubierto de flores y de naranjos, cuyo delicioso aroma embalsamaba el aire, habia multitud de jóvenes varones gozando del fresco de la noche, en tanto que se daba principio al concierto; mientras otros, colocados á la entrada de la puerta de la escalera, tenian la galante mision de conducir del brazo al salon á las señoras que iban llegando.

En el ancho patio y en el descanso de la preciosa escalera de piedra, como son todas las de México, se ostentaban, de uno y otro lado, formando una deliciosa calle, pintados barriles con delicados limoneros y naranjos, bañados por la tranquila luz de la plateada luna, y por la de centenares de farolitos á la Veneciana de variados colores que, colocados en matizadas bandas de seda que cruzaban de un lado al otro la azotea, formaban una bóveda oscilante de bellos resplandores.

La concurrencia era cada vez mas numerosa.

Todos anhelaban el instante de que die-
ra principio el concierto; pero aun faltaban
algunas personas notables que debian to-
mar una parte activa en él.

Para neutralizar el calor de las luces y
el que resulta de la gran reunion de perso-
nas, se habian abierto las vidrieras altas del
marco, construidas de expofeso para abrir
y cerrar, sin necesidad de hacerlo con las
puertas vidrieras, que permanecian cerra-
das, para no molestar con un aire demasia-
do fuerte á los que se hallaban sentados
junto á ellas.

La vista que se disfrutaba desde este si-
tio, era deliciosa.

Desde allí se descubria la suntuosa Cate-
dral, esa obra continuada por tres monarcas
españoles, ese grandioso monumento de la
Religion católica, con su magnífica cúpula
y sus jigantescas torres, que parecen des-
prenderse de la tierra para ir á tocar la al-
ta bóveda del cielo. A su frente, y en el de-
licioso paseo de las Cadenas, cubierto de
agradables árboles, se veia un numeroso
concurso de ambos sexos paseándose en

animada conversacion, y disfrutando del
suave ambiente y de la tibia claridad de la
plateada luna. Contiguo á este paseo, adon-
de concurre en las noches iluminadas por
el astro nocturno, la gente del *buen tono*, se
extiende la inmensa Plaza de Armas, con
su espacioso Palacio Nacional, su Portal
de las Flores, el magnífico edificio de la
Diputacion y el animado Portal de Mercaderes.

El salon en que iba á tener lugar el con-
cierto apenas podia contener ya mas gente.

Igual cosa sucedia en el espacioso corre-
dor donde los jóvenes, formando diversos
corrillos, hablaban con animacion, ya de
política, ya de bailes, ya de amores, segun
la inclinacion de cada uno de ellos.

Solo una persona parecia extraña á cuan-
to pasaba á su alrededor.

Era un jóven elegantemente vestido y de
una figura interesante.

Quieto, aislado, sentado en una pequeña
banca que se hallaba en un rincon del cor-
redor, oia el rumor de las voces, pero sin
que fijase la atencion en las palabras.

De nadie parecia cuidarse, ni nadie tampoco parecia cuidarse de él.

Puesto el codo sobre la rodilla, y apoyada la barba en la palma de la mano, fijos los ojos en el suelo y guardando un profundo silencio, parecia el númen de la tristeza arrojado en medio del bullicio y de la alegría para analizar el valor de los fugitivos placeres de la vida.

—Creimos que ya no venia vd., D. Juan.

Dijo un jóven elegante que se hallaba en uno de los corrillos del corredor, y el mas próximo á nuestro solitario personaje, á otro jóven de simpática y noble fisonomía, que acababa de llegar.

—He venido un poco mas tarde de lo que esperaba por asuntos del servicio militar, y porque era preciso quitarme el uniforme para venir vestido en traje de etiqueta.

—En efecto, le ví á vd. al oscurecer, dirijirse á palacio, de uniforme, y despedirse del indio Pablo que le habia encontrado á vd. en el camino.

—Cierto.

—Y me sorprendió verle á vd. con él y

hablándole con una atencion que no la alcanza mayor un excelente amigo.

—Es que ese indio—respondió D. Juan con firmeza—es el hombre mas leal que tiene la sociedad: ha sido fiel criado de un buen amigo de mi padre, y hoy, gracias á su honradez y laboriosidad, tiene una propiedad en Texcoco, en cuya casa se han hospedado mis padres estos últimos dias, al venir de la hacienda que tienen en Chapala.

—No sabia yo eso. Pero hablando de lo que hoy nos interesa, ¿han oido vdes. cantar á la simpática señorita Cosío?

—¡Oh....! si—contestó uno de los del corrillo:—es una jóven de una educacion esmerada que reúne al mérito personal, el mérito artístico, la finura, la afabilidad y las mas altas virtudes.

—¿Y no saben vdes. si concurrirá al concierto?

—Está un poco mala, y ha enviado recado diciendo que la disimulen por esta noche.

—¡Qué lástima....!—exclamó D. Juan:—tiene un timbre de voz tan agradable, tal

sentimiento al cantar y una expresion tan propia y natural, que no se la puede escuchar sin sentirse conmovido hasta la médula de los huesos.....!

—Todo eso es verdad:—añadió uno de anteojos, bajo de cuerpo, de ojos pequeños y vivos y de nariz arremangada.—La señora Cosío es una notabilidad mexicana, pero me gusta mas la jóven Carolina R.....

—¡Hombre, no digas disparates, no sea que por ellos te castigue Euterpe, musa de la filarmonía, como castigó Apolo al rey Midas, haciendo que le nacieran orejas de pollino, por haber tenido la temeridad de preferir el canto del desentonado Pan, al dulce y melodioso del dios del Parnaso.

—Señores, yo no he dicho que sea mejor, sino que á mí me agrada mas.

—Pues ese gusto es un gusto que merece considerarse como delito de lesa-filarmonía. Dijo uno.

—Un gusto que revela muy mal gusto. Añadió otro.

—Un gusto antifilarmónico.—Agregó otro del corrillo.

—Que indica riqueza de tontería.

—Pobreza de entendimiento.

—Que merece una silba.

—Que merece palos.

—Señores, ya está.—Exclamó el de los anteojos al verse acosado por todas partes.—Retiro la palabra.

—Si hubiera vd. dicho Clotilde Landeta.—Dijo D. Juan;—entonces hubiera vd. merecido la calificación de hombre de exquisito gusto.

Al oír el nombre de Clotilde, el personaje que hemos visto sentado, y que permanecía en la misma postura, levantó la cabeza.

—¡Oh! Clotilde es un ángel en belleza, virtud y habilidad.—Advirtió uno;—y si no estoy mal informado, va á asistir á la tertulia.

—¡De veras? ¡Ojalá!

El hombre que permanecía retirado fijó la atencion.

—Así me lo han asegurado; pero temo mucho que no se digne honrarnos.

—¡Por qué?

—Porque no concurre hace algun tiempo á ninguna parte. La infeliz ama con delirio á Leopoldo Cabrera, y como tratan de unirla con Duval, no encuentra placer mas que en la soledad de su casa.

—Pero tal vez crea que asiste Leopoldo, y se anime á concurrir al concierto.

—Ojalá. Pero aquí llega el doctor Willey que podrá decirnos algo de ella.

En aquel momento se acercó el nuevo personaje al corrillo.

—¿Qué hay doctor Willey?—Le preguntó el de los anteojos.—¿Sabe vd. si tendremos el gusto de ver por aquí esta noche á la hermosa Clotilde?

El jóven que estaba sentado, pareció dar señales de vida, dejó la reflexiva actitud en que habia vuelto á caer, volvió á levantar la cabeza, fijó los ojos en Willey, y se dispuso á recoger las palabras que se pronunciaban.

—Lo ignoro.—Contestó el doctor.—Hoy no he tenido el gusto de estar en su casa, y nada sé con respecto á lo que vd. me pregunta.

—Y ¿cómo se siente de su herida el señor Duval?

Volvió á preguntar el mismo de los anteojos.

—Enteramente bueno, y con mas disposicion de llevar adelante la empresa de enlazarse con la simpática Clotilde.

El hombre que escuchaba sentado, dejó ver en su rostro una señal de impaciencia.

—Eso se llama no desmayar ante los obstáculos.—Contestó el de los anteojos.—Sin embargo, debe cuidarse para evitar que se repita la escena del balazo.

—Fué un tiro disparado á traicion:—contestó el doctor.—El que lo disparó no tendría valor para hacerlo por delante de su contrario.

El jóven que escuchaba hizo un movimiento para levantarse; pero se mordió los labios, y se contuvo en su asiento.

—Pues yo creo—añadió D. Juan—que si fué Leopoldo el que disparó el balazo, le sobra valor para volverlo á disparar por delante, batiéndose cuerpo á cuerpo con su contrario.

En el semblante del que escuchaba se retrató el reconocimiento y la gratitud.

—Será así;—contestó el doctor;—pero si en vez de habérselas con el señor Duval que, aunque valiente, es un hombre pacífico y tranquilo, se las hubiera conmigo, yo les aseguro á vdes. que á esta hora, el tal D. Leopoldo hubiera recibido una leccion de esgrima ó de pistola, que le hubiera llevado á la mansion del descanso.

El jóven que escuchaba tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir su cólera.

—Lo que me asombra—dijo D. Juan con entereza—es que siendo D. Emilio un hombre de mundo, de talento y de alma generosa, trate de violentar el corazon de la jóven, rechazando á un artista de un talento tan distinguido como es Leopoldo Cabrera.

—En eso no hace mas que cumplir con los deberes de padre que se impuso al adoptarla por hija;—contestó el doctor.—¿Cómo quiere vd. que entregue la mano de su protegida á un hombre cuyo apellido está deshonrado?

El que escuchaba se puso en pié como si le hubiesen tocado con un resorte.

—¡Deshonrado....! Yo le encuentro lleno de honroso lustre y de esplendor en las sublimes obras de su ingenio.

El jóven se fué acercando al corro sin ser visto, hasta llegar á colocarse detras del doctor.

—No desconozco—dijo Willey—el mérito de los cuadros debidos á su delicado pincel; pero vdes. saben que la mancha en el honor, es como el veneno en un vaso de agua: una gota de aquel, es bastante para hacer temible todo el líquido contenido en el segundo.

Un rasgo de violenta ira se pintó en los ojos del silencioso jóven, que echó sobre el doctor una mirada de terrible enojo.

—Pero....

—Su padre;—añadió Willey interrumpiendo á su interlocutor—fué por desgracia un hombre que se separó de la senda trazada por el deber; un hombre que se olvidó de lo que debía á la amistad, que abusó

de la confianza de D. Emilio, un vil falsificador....!

—¡Miente vd....!

Exclamó con terrible acento y sin poderse contener el jóven que se habia colocado detras de Willey.

Este, lo mismo que todós los que estaban con él, volvieron la cara para ver al que tan bruscamente les habia interrumpido.

—¡Nuñez....!

Pronunciaron varios de los del corro.

El doctor Willey que habia tenido tiempo para reponerse de su sorpresa, y que vió que las miradas de los que le habian escuchado estaban fijas en él, para ver cómo recibia el insulto que se le acababa de inferir, dió á su semblante toda la ferocidad posible, y encarándose con el que le provocaba, le dijo:

—¡Y tiene vd. la bondad de decirme, con qué derecho se atreve vd. á desmentirme públicamente.

—Con el derecho que me dá la amistad

con que me honra el jóven á quien vd. ha calumniado tambien públicamente.

Respondió con sangre fria, pero enérgicamente, Nuñez.

A estas palabras pronunciadas en alta voz y con la entereza que presta el valor y el convencimiento de la justicia de la causa que se defiende, se acercaron varios de los jóvenes que estaban en los corrillos mas inmediatos.

—¡Luego sostiene vd. que soy un calumniador?

Exclamó Willey echando una mirada sobre su antagonista, que la recibió con una serenidad imperturbable.

—Sí; sobre cuanto acaba vd. de decir con respecto á Leopoldo.

Contestó Nuñez con una firmeza que revelaba el temple de alma de un héroe.

—¡Seria vd. capaz de sustentar esa injuria?

—En todos los terrenos. En el primero, que es el de la justicia, digo que no es cierto que Leopoldo haya temido jamas presentarse delante de su contrario para combatir

con él cuerpo á cuerpo, pues aun no hace mucho tiempo que en un duelo que sustentó contra Duval, pudiendo matar á éste, se contentó con desarmarle y perdonarle la vida.

Willely se quedó sorprendido.

—Yo ignoraba — dijo tartamudeando — que se hubiesen batido jamas.

—Tambien miente vd. en eso.

Exclamó Nuñez exaltado por la péfida hipocresía de su interlocutor.

—¡Cómo.....!

Dijo Willely rechinando los dientes.

—Porque vd. fué padrino de Duval en ese duelo, y sabe vd. la generosidad con que se portó el pundonoroso Cabrera. Respecto á las acusaciones hechas contra su hourado padre, yo respondo de que son una calumnia; y respondo de que son una calumnia, porque yo he visto las pruebas de su inocencia y de la criminalidad de un malvado, que la justicia Divina hará que tarde ó temprano caiga bajo mi poder. He dicho que estas palabras las sustentaria en todos los terrenos; en el de la verdad están

justificadas; si el señor Willely cree conveniente llevar ahora la cuestion á otro sitio, y de otra manera, estoy pronto á seguirle adonde quiera.

Un silencio sepulcral sucedió á estas enérgicas palabras.

Todas las miradas se volvieron á fijar en el doctor.

El reto no podia ser mas claro ni mas terminante.

O se retractaba de cuanto habia dicho admitiendo la denigrante calificacion de calumniador, ó admitia el desafio.

La alternativa era terrible.

Conocia la injusticia de su causa y que la razon campeaba del lado de su contrario.

Su conciencia le decia que la accion mas noble y meritoria era sincerar á Leopoldo de las injustas acusaciones que se le hacian; pero su orgullo y vanidad, le presentaban este acto generoso y plausible, como la degradacion mas vergonzosa.

El génio del bien y el génio del mal, esto es, su conciencia y su orgullo, luchaban dentro de su pecho. Pero el hombre que es

capaz de confesarse á sí mismo mil y mil veces la injusticia de sus malas acciones, no las confesará una sola vez delante de sus semejantes.

He aquí cómo cada hombre forma, por decirlo así, dos individuos. El individuo aislado con su conciencia, justo, racional y franco; y el individuo ante la sociedad, vano, altanero, henchido de orgullo y en pugna continuamente con su razón y sus deberes.

Todas estas reflexiones que tanto nos hemos tardado en exponer, cruzaron por la mente de Willey en un solo instante.

Conocía, como hemos dicho ya, su injusticia; pero su desmedido orgullo se sobrepuso á la razón, y dominado fuertemente por él, contestó con acento terrible.

—Me ha dicho vd. que si deseo llevar la cuestión á otro terreno, estaba vd. dispuesto á seguirme; espero, pues, que cumplirá vd. su palabra en el instante mismo. ¡Salgamos!

—Salgamos.

Contestó con firmeza Nuñez echando á andar tras su contrario.

—Señores—dijo el dueño de la casa llegando adonde estaban, y deteniéndoles:—se me ha avisado por una persona, de que se trataba aquí de un duelo: esto me ha hecho desentenderme por un momento de todo, para venir á suplicar á vdes. tengan la bondad de desistir en su empeño, en obsequio de la amistad que me dispensan y del buen nombre de mi casa. Si una desgracia aconteciese á cualquiera de vdes., esa desgracia pesaría toda la vida sobre mí, porque siempre me acompañaría el remordimiento de haber dado origen á ella un convite hecho en mi casa.

—Conozco—dijo Nuñez—la enorme falta que he cometido interrumpiendo la armonía de la respetable concurrencia á la cual se ha dignado vd. llamarme; pero amengua mi imprudencia la causa justa de haber salido en defensa de un leal amigo, públicamente calumniado.

—Bien; eso es muy loable; pero el señor Willey no podía imaginar que hubiera quien

se ofendiese por una cosa de que ya otros muchos se han ocupado antes que él. Leopoldo es un jóven muy apreciable, muy digno del aprecio de todo el mundo; nadie como vd. sabe que me considero muy honrado cuando quiere complacerme visitándome; su padre fué muy buen amigo mio, y nunca he creído en el delito que se le imputa; pero el señor Willey y otros muchos que no tuvieron el gusto de tratarle, no tienen esos precedentes, y no pueden ser responsables de una acusacion que, por desgracia, no se desvanece aún por los tribunales. Yo suplico, pues, tanto á vd. como al señor Willey, cuyo noble corazon conozco, no desairen mi súplica ni la de estos señores que me acompañan; que se olvide lo pasado y que se estrechen la mano en señal de sincera reconciliacion.

Willey y Nuñez opusieron todavía algunas débiles razones; pero las sólidas observaciones del dueño de la casa, unidas á las de las respetables personas que le acompañaban, calmaron el ardor de los dos antagonistas que prometieron al fin solemne-

mente no batirse por lo que acababa de pasar entre ellos.

El ruido de un coche que se detuvo en aquel instante, y el de la puerta de la calle que se abrió a poco dando entrada á una linda señorita y dos caballeros que le acompañaban, acabó de restablecer la calma.

—Es la señorita Soledad, acompañada del señor Flan y de D. Félix.

Dijo uno de los que estaban apoyados en el barandal del corredor.

—Buena noticia, porque así podremos empezar el concierto.—Añadió el dueño de la casa dirijiéndose á Nuñez.—Ahora oirá vd. cantar á esta hermosa señorita que llega, con el señorío de una reina, y con la dulzura y habilidad de una consumada artista.

Nuñez se puso pálido al escuchar aquel nombre que ejercia en su alma un poder semejante al de la desgraciada Adela.

—¡Ah....! ¡yo no debo verla....!—dijo para sí:—¡Su presencia me haria olvidar á la mujer que adoro....! ¡No; mi obligacion es huir de este sitio que me puede hacer

olvidar mis sagrados juramentos....! ¡Adela, Adela.....! lo he jurado..... ¡nadie mas que tú será dueña de mi corazon y de mi amor.....!

Y el desventurado jóven se disponia á huir de aquel sitio, cuando el dueño de la casa, sin advertir su inquietad, le dijo con la mayor cordialidad.

—Me tomo la libertad, señor Nuñez, de nombrarle á vd. introductor al salon para que conduzca vd. á él, á la hechicera y simpática Soledad.

Nuñez no podia escusarse á una solicitud tan galante y honrosa, hecha por el dueño de la casa.

Esquivarse hubiera sido una falta de urbanidad imperdonable que hubiera envuelto el desaire mas grosero.

Nuñez, pues, sabia lo que se debia á sí mismo y á la sociedad; y aunque lamentaba interiormente aquella funesta casualidad que le ponía en contacto con la mujer de quien hasta entonces habia huido por no ser infiel á su primer amor, dió las gracias por el honor que se le dispensaba, se ade-

lantó en seguida hácia la puerta de la escalera, y en el instante en que la hermosa jóven ponía el pié en el último peldaño y se presentó en el corredor, Nuñez, temblándole el corazon, pero con el semblante afable y con fina galantería, le presentó el brazo para conducirla al salon.

Soledad, al apoyar el suyo en el de su compañero, fijó la vista en éste, y ambos se estremecieron á la vez al sentir el reciproco contacto de sus brazos.

¡Oh.....! Nuñez sintió en aquel momento sensaciones indefinibles que equivalian á una existencia constante de felicidad....!

La memoria de Adela se desvanecia como un sueño ante la presencia real de Soledad.

El desgraciado jóven se echaba en cara su debilidad, y trataba de disculparla, creyendo que el influjo que ejercia sobre su alma la hermosa jóven que se apoyaba en su brazo, era debida á la semejanza que le presentaba en ella á la inolvidable Adela.

Soledad esperaba que, despues de tanto tiempo de amarga separacion, Nuñez le di-

rijiera alguna pregunta que entrañase interés y cariño; pero nuestro jóven que estaba muy lejos de pensar que tan cerca de sí tenía á la que inspiró en su alma la primera sensación de amor, guardó el mas profundo silencio; y por ser demasiado fiel á la mujer que amaba, aparecia como ingrato y perjuro á los ojos de la misma.

Nuñez, despues de conducir á la seductora Soledad al sitio que le estaba destinado, se retiró con el corazon desgarrado, pero satisfecho de haberse vencido á sí mismo, y de haber sacrificado todos los afectos que sentia hácia Soledad en aras del amor á Adela, cuando ésta se juzgaba precisamente mas ofendida y despreciada de él.

Su conciencia le aplaudia aquel sacrificio que hacia por la mujer que amaba; y la mujer que amaba le acusaba en aquel mismo instante de cruel y de perjuro.

Combatido por mil afectos contrarios, y sosteniendo una lucha terrible para que la memoria de Soledad no se sobrepusiera á la de Adela, conquistando por completo el dominio de su corazon, se sentó en el sitio

mas retirado, al lado de uno de los balcones de la sala, desde donde se puso á contemplar la apacible claridad de la luna para no fijar la vista en la hechicera jóven, cuya simpática imágen tenia á su pesar fija en su mente á todas horas.

Soledad que habia esperado una palabra de consuelo que dulcificase en parte la amarga pena que le consumia, una ligera disculpa siquiera que diese un tinte de justificacion á la conducta extraña observada desde el dia que la Providencia dispuso que se encontraran de nuevo, quedó triste y abatida, con el pecho oprimido por el sentimiento y el dolor, al ver la indiferencia glacial con que tras una fria inclinacion de cabeza se retiraba de su lado el hombre que se llevaba consigo su vida y su corazon.... su amor y su esperanza....!

La infeliz hubiera querido estar sola para llorar....

Las lágrimas son el único consuelo de la sensitiva y desdichada mujer....

El tierno corazon de esa dulce mitad del género humano, no ha nacido para la ira ni